

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUBVIELA

EL SIGLO

El derecho de introduccion sobre los aguardientes de caña

Hemos recibido una carta anónima, en la que un suscriptor oriental trata de este asunto, objeto hoy de discusiones entre *El Telegrafo Marítimo* y *La Tribuna Popular*; y vamos a decir algunas palabras acerca de dicha carta.

Dice en ella el Suscriptor oriental que algunos periódicos se han referido a las gestiones que de tiempo atrás viene haciendo el señor ministro de España con el fin de que se rebajen los derechos de importación que por la nueva ley de Aduana corresponden pagar a todos los aguardientes, y entre ellos al de la Isla de Cuba. Añade que no le corresponde a él, por falta de competencia, entrar a discutir el grado de conveniencia o inconveniencia que pueda haber en rebajar esos derechos, ni tampoco quiere mirar el asunto desde el punto de vista de la poca formalidad que demostrarían los Poderes públicos de este país, si por ser agradables al Representante de una Nación amiga se prestasen a modificar una ley importante, recientemente sancionada después de meditado estudio.

Lo que se propone el articulista es llamar la atención sobre el hecho de que en España se impone a los aguardientes, sin exceptuar la caña de la Isla de Cuba, un derecho de importación mas fuerte que el que aquí se les señala; de lo cual deduce que no tiene ninguna razón el ministro español en pretender que aquí se rebaje el derecho impuesto por la nueva ley y que el Gobierno y la legislatura harían muy mal en acceder a semejante pretensión.

Vamos a cuentas.—Si en efecto el señor Arellano ha practicado y está practicando gestiones dirigidas a obtener que se rebajen los derechos de importación sobre el aguardiente de caña de la Isla de Cuba, es muy natural suponer que al practicar esas gestiones tratará de favorecer los intereses de su país; pero también debe suponerse que el Gobierno de esta República no ha de estar dispuesto a hacer alteraciones en la tarifa aduanera solo para complacer al señor ministro de España.—Si el asunto se ha tratado entre el señor Arellano y este Gobierno, habrá sido sin duda confidencialmente; y es bien seguro que el ministro español habrá procurado demostrar que la rebaja de derechos es conveniente para los intereses españoles, sino también para los intereses bien entendidos del comercio de esta República.

Ese es el verdadero aspecto bajo el cual debe examinarse y tratarse esa cuestión, y por eso no comprendemos la guerra del argumento que presenta *Un suscriptor oriental*.—El declara que es incompetente para examinar y decidir si la rebaja de derechos es conveniente o no para esta República, pues entonces quiere decir que le falta lo principal para formar juicio sobre la cuestión.—Esta, como hemos dicho, debe resolverse consultando las conveniencias de esta República. Y por eso está muy lejos de ser indiferente la consideración de que los buques que traían aguardiente de caña de la Isla de Cuba, llevaban como retorno carne tasajo elaborada en los saladeros orientales.—Si por efecto de los altos derechos de importación impuestos a la caña de Cuba dejasen de venir los buques procedentes de aquella isla, claro está que disminuiría notablemente la exportación del tasajo; y ahí verá nuestro anónimo suscriptor cómo no es posible resolver el asunto, prescindiendo de las conveniencias de este país.

Por lo que llevamos dicho comprenderá también que ninguna influencia tiene la nacionalidad española del que escribe estas líneas, para que considere el asunto desapasionadamente. Como dice muy bien el remitista, *El Siglo* es un diario oriental, y sus redactores demuestran que no lo olvidan, cuando tratan de los asuntos de este país.

Por lo demás es muy cierto que por regla general no damos importancia a las comunicaciones anónimas que se nos dirigen.—Comprendamos que algunas veces puede el que escribe un artículo desear que su nombre no sea conocido por el público; pero nunca encontramos razón para que lo reserve de la misma redacción del diario a quien se dirige.

El tremendo crimen

DECLARACIONES DEL ASESINO

NUEVOS DETALLES

Buenos Aires, Agosto 1.º

Con preferencia a todo otro asunto, la atención pública está, puede decirse, contraindicada

clusivamente en esta capital al tremendo crimen de Olavarría, cuyos primeros detalles han sido conocidos por las relaciones de ayer.

Se trata indudablemente de un hecho atroz, rodeado de circunstancias fuertemente dramáticas que sobrepasan las ficciones de la mas sobrecitada literatura.

Sobre la trama aleve del crimen, sobre el modo como ha sido consumado, sobre la calidad de las víctimas y la sangre fría con que ha sido ejecutado, sobre un cúmulo inusitado de detalles que espantan, aparece, para hacer todavía mas horrible este drama nefando, la investidura sacerdotal del victimario.

La necesidad de abarcar en cuanto ello es posible, dada la precipitación con que escribimos, las diversas fases de esta causa llamada a figurar como una de las mas ruidosas de cuantas se han ventilado ante nuestros tribunales, nos obliga, bien a nuestro pesar, a abandonar para otro momento apreciaciones que saltan a los puntos de la pluma y que servirán para redondear esta crónica negra de un crimen mas negro todavía.

El asesino en La Plata

En el tren ordinario que llega a esta ciudad por la vía del Sud a las 10 de la mañana, regresaba a La Plata el jefe de policía de la provincia señor Costa, acompañado del comisario inspector y secretario interino de la jefatura señor Masot, trayendo al presbítero Pedro Castro Rodríguez, convicto y confeso del doble crimen de Olavarría.

Los viajeros salieron de Olavarría anteayer en el tren ordinario de las 6 p. m.

A tiempo de ser embarcado el criminal, una parte crecida del vecindario se había aglomerado en la estación.

Se pintaba en todos los rostros la más viva indignación y algo como una tempestad de odio y de maldición rugía en todos aquellos pechos, amenazadora y terrible, contra el victimario. Estas escenas se produjeron en las estaciones Hinojo y del Azul, especialmente en esta última.

A pesar de ser ya una hora intempestiva de la noche, un pueblo inmenso esperaba en el Azul la llegada del tren.

La multitud pretendió tomar por asalto el coche donde venía el delincuente, en medio de gritos amenazadores y terribles.

La policía local, que con el comisario a la cabeza formaba en la estación para contener cualquier avance, pudo a duras penas contener aquella avalancha humana, y el mismo jefe de policía que venía con el reo se vio obligado a aparecer en la plataforma y a dirigir a la gente algunas palabras de orden y sosiego.

El vecindario reunido en la estación pedía la cabeza del criminal.

Uno de los vecinos allí reunidos pudo, sin embargo, llegar hasta éste, y gritarle con fuerza.

—¡Fraile asesino! ¡miserable! El reo perdió los colores, tembló de pies a cabeza y acercándose al jefe de policía le pidió desesperadamente que lo salvase de aquellas manifestaciones hostiles.

El tren abandonó la estación del Azul momentos después, y desde allí hasta la terminación del viaje, este se hizo sin tropiezo, llegando, como ya lo hemos dicho, a esta capital a las 10 de la mañana.

El presbítero Castro Rodríguez

Lo hemos visto en la jefatura de policía, que ha sido ayer punto de visita de un crecido número de personas altamente colocadas en esta capital, en la política—sin excluir al gobernador de la provincia y su ministro de gobierno,—en el comercio, en las finanzas, en la magistratura.

El presbítero Castro Rodríguez representa de 42 a 44 años. Es de estatura mediana, rostro con rasgos poco simpáticos, frente estrecha, corte de cara larga y huesosa.

Su mirada, velada por cierta vaguedad, deja entrever un tipo que no haría contraste en las conocidas colecciones fotográficas de Lombroso.

Vestía en ese momento de particular, habiendo sido despojado por el jefe de policía de sus hábitos religiosos.

Llevaba sobre todo largo de paño marrón, con pieles en el cuello y en las mangas.

En el momento en que apareció en el despacho oficial del jefe de policía para pasar a una pieza contigua, donde el juez del crimen en turno, Dr. Martínez, acompañado de su secretario Sr. Byron, debía tomarle declaración, se mostraba bastante abatido, fingidamente al parecer, porque instantes después recuperaba cierta serenidad de espíritu y hablaba tranquilamente, casi sin emoción.

Primeras declaraciones

Seguindo un orden metódico y correctivo en esta crónica, debemos contraer la atención en primer término a las declaraciones prestadas por el victimario ante el jefe de policía, inmediatamente de producida su prisión.

El preso ha dado dos declaraciones ante la policía: la segunda ampliando y completando la primera.

Resumiendo ambas, tenemos que ha confesado sin ocultar nada su tremenda acción.

La exigencia de tales declaraciones va a conocerla el lector que sigue probablemente horrorizado la historia de este extraordinario suceso.

La exposicion de Castro Rodriguez

Damos en seguida el relato hecho por el criminal ante el jefe de policía.

Es una version fiel de su declaración, con solo supresiones de detalles supérfluos.

Habla el cura Castro Rodríguez:

La mujer Rufina Padin y su hija llegaron el 5 de junio ppdo. a las 6 1/2 de la tarde, y cenamos juntos, sirviéndonos a la mesa el sirviente Heriberto Perrin.

En seguida de cenar, nos retiramos al cuarto dormitorio contiguo al despacho. La mujer Rufina me declaró que a la fuerza quería quedarse allí y que no saldría de mi casa aunque la despidiera.

Con este motivo, tuvimos un cambio fuerte de palabras.

Exasperado, viendo la situación alligida en que me ponía esta mujer, a la que había servido siempre con la mejor voluntad, a pesar de haberle probado por varias veces su mala conducta, y considerando imposible su permanencia en mi casa, resolví, en el colmo de la excitación, deshacerme de ella.

Para el efecto, y sabiendo donde se guarda la atropina en la botica de El Siglo, de Ventura Estéves, entré en ella y paseando un momento por el local esperé a que no me viese nadie y sustraje el frasco que contenía este veneno.

De vuelta a mi casa, encontré a la mujer Rufina enojada.

Como ella me preguntase si había salido a alguna cita amorosa, le contesté:

—No; a lo que he ido es a traer polvos de tifo para calmarle los nervios.

La seguida resolví que se acostaran las víctimas; Rufina hizo su cama, y puso la niña en un sofá.

Yo me acomodé en una pieza contigua, en un colchón sobre el suelo.

Momentos después tomé un pan, y sacándole la miga, púsele dentro, bien cubierta, una cantidad de polvos de atropina.

En seguida dije a Rufina:

—Toma esto que te calmará los nervios.

Y le hice tragar la preparación, dándole agua después por repetidas veces.

El veneno no hizo esperar sus efectos, produciendo en Rufina gran excitación y gritos.

Quise sujetarla en la cama; pero viendo que los gritos continuaban y acobardado ya por el miedo de ser sentido, tomé un martillo y di dos golpes en la cabeza a la mujer, que cayó muerta a mis pies.

Sintiendo acto continuo llorar a la niña Petrona por el estado de la madre, ziendo para mí mismo peligroso dejarla viva, la obligué también a tomar una dosis de atropina.

Antes de seis horas espiraba igualmente la niña.

Esta escena empezó a las 11 de la noche y duró hasta las 5 de la mañana siguiente, en que la niña dejó de existir.

En seguida cerré con llave la puerta que caía al comedor, por si acaso venía gente.

Dispuesto a buscar una forma para deshacerme de los cadáveres con todos los visos legales, escribí una carta (que se le puso de manifiesto y que reconocí ser suya) con nombres supuestos é inventados con la que me trasladé a casa del doctor Quilarte, para pedirle con ella certificado de defunción. El doctor de estaba en su casa.

En la secretaría municipal, donde leí la carta a Hartenfell, conseguí que este creyera lo que decía por respeto del ministerio que desempeñaba, y me dió certificado de defunción por el cadáver que en la carta se mencionaba.

Con el certificado me trasladé a la carpintería de Torres, mandando hicieran para la misma noche un cajón grande, pues el cadáver estaría descompuesto.

El cajón llegó cuando estaba el despacho cerrado, habiendo dejado a propósito abierta la puerta y fué colocado en el paristilo de la iglesia por los operarios que lo traían.

Esta parte de la iglesia comunica con mi despacho.

Vuelto a la casa, resolví encajonar los dos cadáveres, pasando al dormitorio.

Traté de cargar con el cadáver de Rufina, y no teniendo fuerza suficiente, lo arrastré tirándolo de los pies.

Vi que quedaba el rastro de sangre que vertían las heridas de la cabeza, y resolví envolver la cabeza en una tohalla, notando al arrastrarlo otra vez que aun quedaba el reguero de sangre en el piso.

Al llegar a la iglesia, acomodé el cadáver en el cajón.

En seguida volví y tomando en brazos el cadáver de la niña Petrona, lo llevé también al cajón, acomodándolo de la mejor manera.

No recuerdo bien si me alumbraba con una vela.

En seguida cerré el cajón, tratando de hacer para esto el menor ruido posible.

A la mañana siguiente, como a las 7, fui a casa del empresario de coches señor Donadio y haciéndole el mismo relato del cadáver de la mujer, venido del campo, le pedí mandara el coche fúnebre.

Acompañé a éste en otro carruaje hasta el cementerio, con la idea de cerciorarme de que la inhumación se llevaba a cabo.

De vuelta a la casa, procedí a lavar las manchas de sangre de la mejor manera posible y enjuagar el paño que había servido para cubrir la cabeza de la muerta.

De la misma manera inutilicé algunos papeles, echándolos a la letrina, trapos viejos, y otras cosas mas.

La *lorita* y el *cardenal* que habían traído la mujer y la niña, los mandé de regalo a Buenos Aires algunos días después, a la calle Piedad 886, viejo, a la consignación de una persona llamada Domingo Puja.

A los pocos días di a la lavandera Maria Depié toda la ropa sucia que había en la casa, incluyendo en ella la tohalla.

El jefe de policía le muestra después de la primera declaración que queda extractada un martillo cabo de madera, traído como cuerpo de delito y sospechado de haber sido el instrumento para consumar el crimen.

—Conoce usted este martillo? se le pregunta.

—Si, me parece uno de los dos que tenía en casa; pero no puedo asegurar si es con este ó con otro que pagué a Rufina.

—Y este frasquito que ha contenido veneno, ¿es el que usted utilizó para suministrar su contenido a la víctima?

—El mismo, el que saqué de la botica de Estéves. Luego que utilicé el contenido arrojé el frasco a la calle por encima del techo de la caballeriza que existe en la casa.

(Este pequeño frasco fué recogido efectivamente de la calle por el jefe de policía.)

Interrogado sobre las relaciones que había mantenido con su mujer Rufina, contestó:

—Esas relaciones fueron íntimas. Era mi esposa y me había unido a ella por la iglesia episcopal metodista de Buenos Aires en 1874. Fuimos desposados por un pastor protestante llamado Martin Jackson. De esta union nació la niña Petra, habida durante una estadía de mi mujer en el Azul, donde yo desempeñaba las funciones de teniente cura. La niña nació el 24 de Julio de 1878.

Se le mostró un pequeño reloj de oro de la mujer, encontrado en una caja de carton donde aquella guardaba algunas alhajas. En una de las tapas del reloj apareció un pequeño retrato del declarante.

—Es mio ese retrato, contestó; se lo regalé a mi mujer junto con el reloj, a poco tiempo de nuestro matrimonio.

Igualmente reconoció otras alhajas guardadas en la expresada caja, afirmando que todas ellas se las había regalado a su esposa.

En la misma caja que contenía las alhajas apareció un rosario de marfil y una cruz de oro, y también un pito de los que usan los gendarmes y un revolver cabo de marfil.

En el curso de su exposicion, el delincuente reconoció dos documentos que se le pusieron de manifiesto: una venia judicial y un poder extendido a favor de su esposa en Enero de 1877, ante escribano publico, para que pudiera vender unos terrenos que ella poseia en Lanús.

Estos dos documentos aparecen quemados en varias partes. El declarante ha manifestado que él los quemó después del crimen.

Explicó en seguida que el depósito que figuraba a su nombre en la sucursal del Banco de la provincia en el Azul y cuya libreta se le mostró, por valor de veinticuatro mil pesos, provenia de un giro que su esposa le había hecho el 30 de mayo de este año desde Buenos Aires, después de haber realizado los bienes que poseía.

Como de los papeles encontrados, resultase que hubiera tenido relaciones con las mujeres Maria Pujo de Buenos Aires y Clorinda Georges, actualmente en el Azul, invitado que fué a explicar qué clase de relaciones habían sido esas, contestó:

—Mis relaciones con Maria Pujo han sido simplemente amistosas. En cuanto a las con Clorinda Georges fueron en un tiempo relaciones amorosas, pero ahora son también puramente de amistad.

Preguntado si había contribuido al sosten de su mujer Rufina Padin y de su hija Petrona, contestó afirmativamente, diciendo que las había atendido en vida con una mensualidad de ciento diez nacionales.

Agregó que había dado el poder a su mujer para realizar todos sus bienes a fin de que ella se quedara con todo y poder separarse cuanto antes. Ella le había sido infiel varias veces llegando hasta tener amores con un primo del declarante, que había sido recogido por su mujer y habitaba en su propia casa, a pretexto de so-

0
-
la
as
o-
y
=

ó-
e,
et
es
ó
ti-
m-
ren
de-

III

me-
b

